



## Confesiones de conversos

He aquí una pequeña selección, de entre las muchas posibles, de conversos al cristianismo. Ellos pueden despertar nuestra fe cuando está dormida. ¿Qué nos llama la atención de lo que dicen?

**CARLOS DE FOUCAULD** (1858–1916) Francés. Nace en el seno de una familia rica y cristiana; huérfano a los 6 años; a los 16 pierde la fe y vive sin control hasta los 20. Después de su conversión vivió en suma pobreza con los habitantes del desierto de Sahara. *“Apenas creí que había Dios, y que solo podría encontrarlo en la Iglesia Católica, comprendí que solo podía vivir para Él; desde ese momento estaba decidida mi vocación religiosa. ¡Hay tanta diferencia entre Dios y todo lo que no es Él!”*

**ALEC GUINNESS** (1914–2000). Un gigante del cine y del teatro inglés; cuatro Oscar y sesenta años de actuación. Anglicano que se siente atraído por la Iglesia Católica; espera que ocho días de clausura con los monjes de un convento le quiten esos deseos, pero sucede lo contrario: *“Cuando los monjes celebraban la Misa, había como un sentimiento reverencial de Dios expandiéndose, como si llenara cada rincón del templo y de todo el mundo”*. El 24 de marzo de 1956 entraba en la Iglesia Católica: *“Como incontables conversos, antes y después que yo, me pareció que volvía a casa, al hogar que me esperaba”*.

**SIGRID UNDET** (1882–1949). Noruega, luterana. Premio Nobel de Literatura en 1928. La investigación medieval para sus novelas le lleva a descubrir el Catolicismo: *“Y ya no dudé de que la Iglesia Católica era la que Cristo fundó; siempre consideré que la reforma protestante, aunque tuviera buenas intenciones, fue una rebelión contra el Cristianismo. En el catolicismo descubrí el verdadero sentido y misterio de la vida, el aprecio de la valoración católica de la familia, la maternidad y el protagonismo cristiano y mariano en la dignificación de la mujer. (‘Yo que había sido liberal, socialista y feminista, comprendí que todo eso fracasaría, por empeñarse en no considerar al ser humano tal como es’)*.

**GILBERT K. CHESTERTON** (1874–1936). Inglés de familia anglicana sin convicciones. “A la edad de 12 años era un poco pagano; a los 16, agnóstico: ser ateo era un prestigio. Entra en un templo católico por curiosidad. La genuflexión bien hecha ante el Santísimo por un sacerdote en una iglesia vacía, le intriga y se interesa por el catolicismo. A partir de ahí su vida estará dedicada a la defensa del catolicismo; escribió casi cien libros y llegó a

ser uno de los mejores literatos de lengua inglesa en el siglo XX. *“No quiero una religión que tenga razón cuando yo también la tenga. Quiero una religión que tenga razón cuando yo esté en el error”*. *“Mi Primera Comunión ha sido la hora más feliz de mi vida. Me deja absorto la presencia real de Cristo sobre el altar”*.

Aludiendo a un amigo converso: *“Los dos no tenemos ni sombra de dudas de que la acción más inteligente de nuestras vidas fue entrar en la Iglesia Católica”*. *“Cuando se deja de creer en Dios, enseguida se cree en cualquier cosa”*. *“Los que hablan contra la familia, no saben lo que hacen, porque no saben lo que deshacen”*.

**KARL STERN** (1906–1975). Judío alemán fervoroso, después ateo. Famoso en el campo de la psicología. Después de tres décadas de resistencia, entra en la Iglesia católica en 1943. *“Me costó tiempo y trabajo descubrir el inmenso tesoro escondido de santidad anónima que hay en la Iglesia católica; el poder espiritual que fluye de millones de almas desconocidas; los ríos de sacrificios que hacen por motivos sobrenaturales multitudes de humildes obreros, comunidades religiosas, sacerdotes y laicos”*. *“No olvidaré jamás la mañana de mi Bautismo y Primera Comunión”*.

**DLOUGLAS HYDE** (1911–1981). Inglés. Gran periodista, seminarista metodista, pierde la fe, se hace comunista y llega a ser el redactor estrella del Dayly Worker, órgano del partido comunista de Inglaterra. En 1948, su mujer y sus hijos entraron en la Iglesia católica. *“Un día entré a una iglesia católica; permanecí una hora en silencio; no sabía rezar. Otro día hice lo que una sirvienta, que se había arrodillado delante de una estatua de la Virgen María: encendí una vela, y quise rezarle; no sabiendo cómo, me acordé de una canción de la calle y le dije: ¡Oh dulce y encantadora Señora, sed buena! Oh Señora, sed buena conmigo... Buscando en otras concepciones la solución de los problemas que me angustiaban, llegué a la fe en la Iglesia católica, que posee los antiguos valores morales y la caridad cristiana, y es capaz de dar solución a las aspiraciones sociales y espirituales de la humanidad”*.

Martín Serrano

Cuaderno Joven

